

Unidad 11

- Chichimecas

11.1 Los Relatos.

11.2 Los hallazgos de la meseta central.

II

CHICHIMECAS
Y TOLTECAS

La historia prehispánica de México sufrió un cambio importante a fines del siglo VII y principios del VIII d. c. A esta época se remontan las pictografías de los códices mixtecos y muchas crónicas, escritas en azteca o en castellano, de las tribus nahuas de la Meseta central; esto hace suponer que una era cultural anterior llegó a su fin por estas fechas, y que en ella habían prevalecido pueblos que no eran mixtecos ni nahuas. Los siete siglos que siguieron hasta el período del predominio azteca, si bien no fueron exclusivamente decisivos en el desarrollo cultural que le prestó a este período sus rasgos característicos, sí tuvieron, sin embargo, una importancia capital, como lo demuestra el hecho de que los siglos anteriores a esta época se encuentran para los nahuas en una oscuridad casi completa; en esta era prehistórica suelen situar las cuatro edades del mundo (véase p. 128), es decir, los acontecimientos míticos, que se distinguen tajantemente de los informes históricos de la quinta edad del mundo proporcionados por los historiadores aztecos, sin dejar de incluir estos informes muchos cuentos y leyendas. Estos siete siglos pueden dividirse en dos grandes períodos: el *tolteca*, hasta fines del siglo XII, y el *chichimeca*, hasta comienzos del siglo XV. Si nuestros conceptos sobre estos pueblos son menos precisos que los que se refieren a los aztecos, la razón está en que las designaciones de "chichimecas" y "toltecas" son ambiguas. Las antiguas fuentes las emplean no sólo con su significado histórico, sino también en el sentido histórico-cultural y además en un sentido puramente mítico. A consecuencia de esta ambigüedad se creó un caos inextricable de diversas opiniones en la literatura moderna que trata de estos pueblos, a tal punto que ya no pueden usarse científicamente estos términos. En algunos casos se les ha dado demasiada amplitud, en otros se limitaron de manera arbitraria, y en otros no se pasó de diluirlos en una neblina mítica. Sin embargo, para un estudio histórico y arqueológico es imprescindible relacionarlos con determinados pueblos y culturas.

Ya señalamos en parte lo que los chichimecas y los toltecas significaban en la *mitología* de los pueblos mexicanos. Los *chichimecas* eran considerados a veces en las narraciones aztecas como personificación terrena de las estrellas, e identificados sobre todo con los *mimixcoa* o estrellas del cielo norte. Los *toltecas* fueron todavía en mayor medida objeto de la fantasía de los aztecos. Aparecen en varios relatos como un pueblo legendario que habita un país de fábula. El texto de Sahagún habla de ellos como de los primeros que sembraron en México la semilla de los hombres, de manera que los considera los primeros habitantes de la edad presente, que siguió a la caída de las cuatro edades prehistóricas. Se les atribuía, por lo tanto, cualidades extraordinarias. Eran más altos y más veloces que los hombres actuales, eran maestros en todas las artes y artesanías, a tal grado que la palabra "tolteca" llegó a significar "artista" entre los aztecos, y fueron ellos los que cimentaron la ciencia sacerdotal. Su país, Tollan, se describe como una verdadera Jauja, en la que las mazorcas crecían tanto que había que rodarlas por el suelo, las hortalizas llegaban a

tener la altura de palmeras, y el algodón se daba ya en todos los colores. Había allí aves de plumas preciosas y plantas tropicales, y desde una montaña de este país la voz del heraldo llegaba hasta los confines de la tierra. Quetzalcóatl, el señor del reino de Tollan, vivía escondido en su palacio, porque su rostro era de una repugnante fealdad, tenía una larga barba y era tosco cual pedazo de madera. Pero sus riquezas sobrepasaban las de todos los hombres del mundo, pues las casas en que se dedicaba a las prácticas religiosas rebosaban de piedras preciosas, oro, nácar y plumas multicolores; para sus penitencias sólo utilizaba punzones de jade y penachos de plumas de quetzal. El mismo relato cuenta que los toltecas llevaban vestidos de color turquesa y grandes tocados de caracoles marinos. Muchos detalles nos hacen pensar que los toltecas, junto con su soberano, eran seres lunares; el dios de la luna se llamaba entre los aztecas "El del país del caracol marino", y era igualmente dueño de todas las riquezas. Pero en su conjunto el *reino mítico de Tollan*, del que se derivó el nombre de los toltecas, correspondía probablemente, según afirmamos arriba (véase p. 130), a la descripción poética de un paraíso terrenal, tal como lo asevera K. Th. Preuss. De este reino provienen, según los aztecas, todos los seres, medios de sustento y tesoros de la tierra; era el lugar

donde el agua azul se extiende
y se elevan los blancos juncos,
donde los blancos carrizos se despliegan
y se encuentran los blancos sauces,
donde se extiende la blanca arena
y penden los multicolores copos de algodón,
donde nadan los irisados nenúfares
y se halla el mágico juego de pelota.

El color blanco era en el lenguaje y la escritura pictográficos de los aztecas el símbolo de los tiempos prehistóricos, mientras que el campo del juego de pelota era un símbolo del cielo. También el rey-sacerdote tolteca es la encarnación de un ser divino que residía originalmente en el cielo estrellado y que fue relacionado posteriormente con la estrella matutina (véanse pp. 135 s.). Los aztecas traducen el nombre de la ciudad de Tollan por "Ciudad de los carrizos", y lo reproducían con una cantidad de estos carrizos (*tolin*). Según una fuente española, este nombre significaba antaño "metrópoli", al igual que *Mamenhi*, nombre que dan los otomíes a la actual ciudad de Tula en el Estado de Hidalgo, y que corresponde al Tollan histórico.

En su carácter de conceptos *histórico-culturales*, los chichimecas y los toltecas designaban el contraste entre la barbarie y la civilización. De ahí que el historiador texcocano Ixtlilxóchitl cuente entre los *chichimecas* a los pueblos de cazadores del norte de México, a los otomíes (porque eran todavía en tiempos aztecas un pueblo de agricultores), a los tarascos y huastecas (reputados como bárbaros) y también a los nahuas de Texcoco, Tlaxcala y Tenochtitlan (inmigrados desde el norte apenas en los tiempos históricos y que fueron los últimos en civilizarse); consideraba como *toltecas*, además de los toltecas auténticos, a los habitantes de algunos pueblos de la Meseta central

(como Colhuacan y Cholula, refugios de la cultura tolteca después del derrumbe de Tollan), a la antigua cultura olmeca de las costas del sur del Golfo, a los mixtecas como fundadores de la sabiduría sacerdotal, y a los mayas. Claro está que con esta división de los pueblos mexicanos no se proponía demostrar una relación etnográfica, ni mucho menos lingüística entre miembros de los dos grupos, sino simplemente el contraste entre los que Ixtlilxóchitl consideraba descendientes de inmigrantes bárbaros venidos del norte y los antiguos habitantes del país, portadores de una alta cultura. Son consecuentes en esto las otras fuentes que incluyen a los toltecas, es decir, a los habitantes del actual pueblo de Tula, entre los "chichimecas", ya que eran descendientes de un pueblo nahua venido del norte.

La misma palabra *chichimeca* no tenía, originalmente, un significado general, sino que designaba a determinados pueblos relacionados histórica, etnográfica y lingüísticamente. El texto de Sahagún acepta como chichimecas "auténticos" o "verdaderos" (*teochichimeca*) a la población indígena del norte de México, hoy casi desaparecida, cuyas peculiaridades etnográficas están descritas con gran vivacidad. Eran cazadores nómadas y recolectores de plantas silvestres; sus armas eran el arco y las flechas, sus viviendas eran cuevas y chozas de zacate y se vestían con pieles. Llevaban tiras de piel con adornos de plumas como tocado, un "espejo" de piedra en la parte posterior del cinturón y sabían labrar las turquesas para hacer joyas. También se habla bastante de sus costumbres sociales y religiosas: de su estricta monogamia, de la posición del caudillo, quien tenía derecho a todos los jaguares cazados, de sus fiestas religiosas, celebradas en las llanuras esteparias, durante las que los participantes se embriagaban con peyote (véase p. 173). Como auténticos nómadas, estas antiguas tribus no se preocupaban gran cosa de los enfermos y ancianos. Cuando eran demasiado débiles para seguir a la tribu, se los asfixiaba por medio de una flecha que se les clavaba en la garganta. Algunas de estas costumbres sobreviven aún entre los tarahumaras y cahitas de los Estados de Sonora, Chihuahua, Durango y Sinaloa, pueblos lingüísticamente emparentados con los nahuas. Hubo en tiempos más antiguos y mucho más al sur, en los actuales Estados de Zacatecas, Aguascalientes y Jalisco, tribus parecidas a las descritas en el texto de Sahagún.

Los informes redactados en los primeros años de la Colonia, durante los cuales estas regiones nortenas llegaron a conocerse por la expedición de conquista de Nuño de Guzmán en 1529, los llaman *teules chichimecas* (= *teochichimecas*) y *zacatecas* ("habitantes del país del zacate") y permiten suponer que también estos pueblos hablaban dialectos nahuas. Pero lo que confirma la relación entre los nahuas civilizados de la Meseta central y estos "auténticos chichimecas", son los muchos rasgos "chichimecas" en la cultura de aquéllos, que encontramos aún en la época de los aztecas. Entre estos rasgos hay que mencionar el "espejo de cruz" (véase p. 85), la tira que cubría la frente y las sienes, aunque ya no de piel sino de algodón, usado por los guerreros tlaxcaltecas (véase lám. 2), el manto trenzado de tiras de pieles (véase p. 85), el hueso raspador como instrumento de percusión (véase p. 166) y muchos otros, por ejemplo una forma de cuna,

usual entre los ancestros de los texcocanos (véase fig. 104), hecha con dos aros de madera cubiertos de redes, mientras que los aztecas tenían cunas de tabla (véase p. 71).

Es decir, que si los relatos tradicionales de las tribus nahuas coinciden en que sus antepasados habían sido chichimecas llegados antaño del norte a la Meseta central, adaptándose gradualmente a los pueblos cultos más antiguos, no cabe duda de que tienen razón. La irrupción de nómadas salvajes y belicosos en un antiguo mundo cultural y su paulatina transformación en agricultores sedentarios que se adaptan culturalmente a los sojuzgados, pero conservan su carácter guerrero y llegan así a ser el pueblo predominante, es un proceso histórico que ha tenido lugar incontables veces también en Europa, pero que puede seguirse mejor en el México antiguo que en cualquier otra parte, porque todas sus fases se apoyan en informaciones detalladas. Paul Kirchhoff hace notar que el ejemplo mexicano es especialmente significativo porque los chichimecas fueron civilizados, según todas las antiguas fuentes mexicanas, de una manera *pacífica*, pues los pueblos culturales primitivos se ofrecieron voluntariamente como maestros de los nuevos inmigrados, y hasta deseaban atraer más tribus chichimecas a su país; su cultura estaba en crisis, y querían mantenerla viva mediante una transfusión de sangre joven y sana. Por esto la transformación de los primitivos cazadores en agricultores civilizados se logró en un lapso tan sorprendentemente corto y se propagó con la rapidez de una reacción en cadena, pues los recién civilizados absorbían cada vez nuevos inmigrantes chichimecas. Consecuencia natural de este proceso fue que la designación de "chichimeca" adquiriese en los informes históricos un sentido doble: se refiere por un lado a los "auténticos" chichimecas que seguían viviendo en estado nómada en el norte del país, y por el otro a aquellas tribus residentes en la Meseta central que habían descendido de aquéllos y que se enorgullecían, a pesar de su civilización, de haber permanecido fieles al antiguo espíritu guerrero de los chichimecas. Es así como la palabra "chichimeca" adquirió entre la mayoría de las tribus nahuas de la Meseta central, y sobre todo entre los habitantes de Texcoco y Tlaxcala, un matiz halagador, y el título de "príncipe chichimeca" (*chichimécatl tecutli*) se convirtió en título honorífico de los soberanos de Texcoco, cuya historia relata en todos sus detalles *Ixtlilxóchitl*, miembro, él mismo, de esta casa reinante. Se le consideraba antes como un escritor poco fidedigno, pero ahora se acepta su crónica como digna de confianza en muchos puntos, ya que se basa en los documentos pictográficos de los archivos oficiales de Texcoco que escaparon a la furia destructora de Zumárraga (véase p. 16).

Los chichimecas inmigraron desde el norte de la Meseta central guiados por un caudillo enteramente legendario, llamado Xólotl. Causaron la ruina del Imperio tolteca, se apoderaron durante el primer tercio del siglo XIII del valle de México y establecieron su primera sede señorial de Tenayuca (véase p. 113). Los chichimecas compañeros de Xólotl, descritos en un principio como idénticos a sus primos nómadas del norte, fueron transformados en gente civilizada gracias a los toltecas que se habían establecido en Colhuacan y otros lugares del valle

de México, tras la destrucción de su Imperio; esta transformación fue sumamente rápida sobre todo bajo el cuarto soberano chichimeca, quien desplazó la capital de Tenayuca a Texcoco, donde reinó supuestamente más de medio siglo (de 1298 a 1357). Este caudillo fue la primera figura sobresaliente de su linaje dinástico, por lo que a su nombre original de *Quina[n]tzin* ("Gritón") se le añadió el sobrenombre honorífico de *Tlaltecatzin*, "El que convierte la tierra en cimiento [de su reino]". Bajo su reinado tuvieron lugar dos sucesos importantes, se-

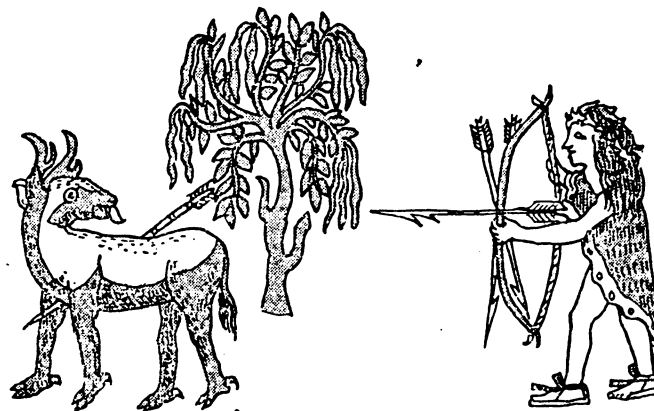


FIG. 103. Un chichimeca en cacería de venados (Mapa Quinatzin)

gún las fuentes: en primer lugar, la inmigración de nuevas tribus chichimecas al valle de México, obligadas por Quinatzin a retirarse hacia el este, a la Sierra Nevada, donde un grupo fundó el Estado de Tlaxcala, mientras que el resto se unió a los totonacas en el nor-este de esta región; en segundo término, la aparición de un grupo de mixtecas en Texcoco que llevó a los chichimecas una cultura espiritual superior (escritura y calendario), además del culto religioso del dios Tezcatlipoca. Tezcatlipoca desplazó en Texcoco al antiguo dios chichimeca Mixcóatl (véanse pp. 139 s.) que seguía venerándose en Tlaxcala bajo el nombre de Camaxtli. Parece que los chichimecas hablaban hasta entonces todavía su propio dialecto nahua (*Ixtlilxóchitl* incluso se refiere a un idioma extranjero), pero luego adoptaron la lengua azteca.

El reino chichimeca de Texcoco se dividió en principados soberanos bajo el reinado del sucesor de Quinatzin, *Techotlala* o *Techollala*, pues probablemente no había sido nunca más que una floja unión de tribus aliadas; entre estos principados, el de los *tepanecas* de Azcapotzalco, antigua ciudad de la orilla noroccidental del lago de Texcoco, llegó a dominar poco a poco todo el valle de México. Los tepanecas, otro pueblo nahua, no debían este ascenso al poder a gobernantes de su propia tribu, sino a una dinastía extranjera, según parece proveniente de los matlazincas inmigrados desde el valle de Toluca (véase p. 36) y llegó a su apogeo bajo el reinado de *Tezozómoc*. Ya antes

de este rey, en 1298, los tepanecas habían brindado su ayuda a la ciudad de Colhuacan, para desalojar a los aztecas del cerro de Chapultépec, en donde se habían establecido más de 40 años antes como una tribu chichimeca sin civilización y dedicada al robo (véase p. 43). Tezozómoc, cuyo reinado duró, según la tradición, tanto (desde 1343 hasta 1426) que hace suponer la existencia de por lo menos dos soberanos sucesivos del mismo nombre, aparece como precursor de los grandes reyes aztecas posteriores, pues unificó poco a poco bajo su cetro todos los pequeños Estados del valle de México. Los habitantes de las islas del lago de Texcoco que acababan de instalarse en Tlatelolco y en Tenochtitlan se sometieron voluntariamente a su soberanía. En el año 1350, después de interminables negociaciones que no dejan de iluminar de manera interesante la política y las ceremonias de las cortes de los príncipes indígenas de entonces, Tlatelolco logró que se le diera como soberano al hijo mayor del rey Tezozómoc; en un principio, aquél reinó también sobre Tenochtitlan, hasta que esta ciudad mandó venir de Colhuacan a su primer rey propio en el año 1376 (véase p. 46).

Tezozómoc —probablemente el segundo de este nombre— comenzó a fines del siglo XIV a apoderarse por la fuerza de ciertas regiones del país. En 1392 derrotó a la ciudad de Chalco, al sureste del valle de México, después de exterminar su casa reinante; en 1408 cayó la antigua ciudad chichimeca de Cuauhtitlán, que hasta entonces había dominado la región al norte del lago de Texcoco, y en 1413 fue sometida Colhuacan. Ixtlilxóchitl I ("Rostro de vainilla"), un hijo de Techotlala, era rey de Texcoco en esta época. Lo atacó Tezozómoc en 1418, con-

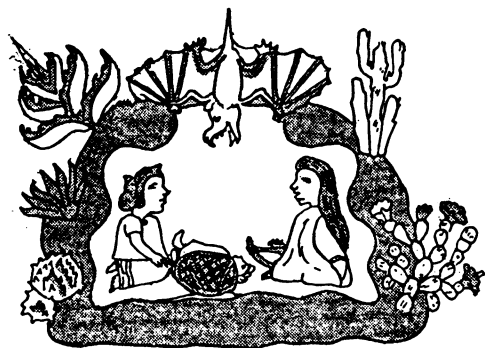


FIG. 104. Nacimiento del rey chichimeca Ixtlilxóchitl en la "Cueva del murciélago" (Tzinacanoztoc) cerca de Texcoco (Mapa Tlotzin)

quistó su capital, lo hizo matar después de una valiente defensa y obligó a su hijo, el futuro gran rey *Nezahualcóyotl* (véase p. 51), a huir a la sierra y a vivir en el exilio durante varios años; *Nezahualcóyotl* pasó gran parte de este tiempo entre sus compañeros de tribu chichimecas en Tlaxcala, pero salía constantemente para hostigar con sus audaces incursiones a los tepanecas, que se sentían demasiado seguros de su poderío. Las ciudades insulares de Tenochtitlan y de Tlatelolco habían estado hasta entonces de parte de los tepanecas.

La ruptura ocurrió en 1428 después de la muerte de Tezozómoc, cuando el hijo menor de éste, *Maxtlaton* ("Pequeño taparrabo"), se apoderó del trono después de expulsar de éste a su hermano mayor y de mandar asesinar a Chimalpopoca y Tlacatéotl, los reyes de Tenochtitlan y de Tlatelolco respectivamente, que habían sido amigos del hermano mayor. Las ciudades isleñas se aliaron con *Nezahualcóyotl* bajo sus nuevos reyes *Itzcóatl* y *Cuauhtlatohua*; aquél recibió como refuerzos a los guerreros de Tlaxcala y de Huexotzingo; juntos conquistaron Azcapotzalco y destruyeron el Imperio tepaneca. *Maxtlaton* perdió la vida en la piedra de sacrificio (1430).

Si bien los actores principales en la competencia de las fuerzas políticas del período chichimeca habían sido Texcoco y Azcapotzalco, las crónicas aztecas no se olvidan de mencionar los reinos más modestos de la época. También habían sido fundados por tribus chichimecas y desempeñaron cierto papel político en la Meseta central, hasta que fueron devorados primero por el Imperio tepaneca y después por el azteca; sobre la historia de estos pueblos existe tal cantidad de datos e informes —que se corroboran y complementan mutuamente— acerca de las ciudades y tribus cercanas, que el período chichimeca, lejos de pertenecer a las épocas oscuras de la historia precolombina, se nos ofrece como muy próximo a nosotros gracias a las muchas anécdotas, leyendas y cantos históricos diseminados entre los secos anales llenándolos con su vivacidad. Una de estas crónicas, la *Historia de los Reinos*, puede compararse, por su extensión, incluso con los códices mixtecos (véase p. 195), pues abarca un lapso de casi 900 años (de 635 hasta 1519); es cierto que sus fechas tienen que ser corregidas, ya que los antiguos historiadores mexicanos no sabían distinguir las fechas que se repetían cada 52 años, de manera que erraban a menudo en 52, 104 y hasta 156 años. El autor de esta crónica era habitante de la mencionada ciudad de *Cuauhtitlán* ("Entre los árboles"). En otra crónica azteca, de autor desconocido, la *Historia tolteca-chichimeca*, se habla sobre todo de la Sierra Nevada y de la ciudad chichimeca de *Cuauhtinchan* ("Nido de águilas"), que se encuentra entre Cholula y Tepeaca. El autor de una tercera crónica, que nos informa sobre la historia de *Tlatelolco*, se muestra muy enterado de todo lo que se refiere a los tepanecas, porque su propia casa reinante era originaria de Azcapotzalco, y el historiador indígena *Chimalpahin* habla de la región de Chalco, de cuya dinastía descendía él mismo.

Casi todos los relatos antiguos hacen comenzar el período chichimeca hacia el año 1168. En esta fecha, "1 pedernal" según el calendario azteca, la *Historia de los Reinos* y la *Historia tolteca-chichimeca* sitúan el fin del Imperio tolteca cuando se les añaden 104 o 52 años respectivamente a las fechas que aparecen en las crónicas. La primera de éstas nos informa sobre diez reyes toltecas que reinan de 856 d. c. a 1168; el último fue Huémac, que se suicidó en 1174, seis años después de la caída de su reino. Según esta fuente, el Imperio tolteca duró 312 años, o sea seis ciclos de 52 años. Como esta cifra redonda difícilmente puede corresponder exactamente a la verdad, sólo podemos aceptar como cronológicamente segura la fecha última de este reino, 1168, pero no la inicial; según el investigador mexicano Wigberto

Jiménez Moreno, el Imperio tolteca incluso comenzó apenas en el siglo x d. c., y no antes. También la historia de los toltecas está adornada con muchas leyendas y fábulas, que rodean cual corona multicolor sobre todo a las dos figuras principales, Quetzalcóatl y Huémac. El quinto soberano tolteca, *Quetzalcóatl*, vivió según la tradición exactamente 52 años (de 947 a 999). Se llamaba en realidad, por el año de su nacimiento, "Nuestro señor 1 caña" (Ce ácatl-Topiltzin) o, según otras fuentes, Náxítl ("Cuadrúpedo"), y era hijo del dios celeste "Serpiente de nubes" (Mixcóatl) y de la diosa de la tierra "Escudo acostado" (Chimalman). Después de enterrar a su padre, muerto por sus propios hermanos enemigos, fue elegido por los toltecas rey-sacerdote de Tollan en 977, fecha confirmada por una imagen esculpida en una roca cerca del pueblo de Tula, en la que se ve la fecha "8 pederal" = 980 d. c., al lado de la imagen del rey. Aquí se inició la "edad de oro" de los toltecas antes descrita (véanse pp. 201 s.), que tuvo poca duración porque los demonios acaudillados por Tezcatlipoca hicieron caer en pecado al piadoso rey, logrando que se olvidara de sus deberes religiosos e instigándolo a la vanidad, a la embriaguez y a la lujuria. Triste y avergonzado por sus pecados, Ce ácatl-Quetzalcóatl abandonó Tollan con todos sus criados después de enterrar sus tesoros, de transformar los árboles tropicales en acacias espinosas y liberar las aves de brillante plumaje; dirigió sus pasos al "País de la aurora" (*Tlapallan*) o al "País del color negro y rojo" (*Tliltan Tlapallan*), en donde murió, por el fuego, en el año "1 caña"; su corazón se transformó en la Estrella de la Mañana, llamada igualmente "1 caña" (Ce ácatl) entre los aztecas. Este acontecimiento de tiempos prehistóricos, que los aztecas no se cansaban de lamentar como el fin de una era llena de felicidad, prosperidad y paz, lo recuerda un canto de luto atribuido al príncipe tolteca Diez Flor: *

Hubo una casa en Tula hecha de maderamiento:
 hoy sólo quedan en fila serpentiformes columnas.
 ¡Se fue, la dejó huérfana Náxítl,** nuestro príncipe!
 Con trompetas son llorados nuestros príncipes.
 ¡Ay, ya se fue, se va a perder allá en Tlapala!...
 Estoy dolorido: mi rey se alejó:
 Ihuitimalli me ha dejado huérfano,
 a mí, Matlaxóchítl.
 Hendidas están las montañas: por esto lloro.
 Se alzan las arenas de sílice, por esto lloro.***

Después de la partida de Ce ácatl de Tollan, se acabó allí la vida pacífica y la religión benigna que sólo permitía para el servicio divino la oración, el ayuno, la penitencia y las ofrendas de incienso y de animales, y se inició la era de las guerras y de los sacrificios humanos. Este desarrollo llegó a su culminación, según las leyendas, bajo el reinado

* Matlaxóchítl (Diez Flor), sucesor de Quetzalcóatl en Tollan. [E.]

** Náxítl Topiltzin, sinónimo de Quetzalcóatl. [E.]

*** Ms. de los *Cantares mexicanos* en la Biblioteca Nacional de México. Trad. Ángel M. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*. Porrúa, México, 1953, 1ª parte, p. 359. [E.]



Códice Borgia: lám. 58, de la serie designada por Eduard Seler como "Las 25 parejas divinas"

de *Huémac*, décimo soberano tolteca (de 1098 hasta 1174). Perdió su popularidad entre sus súbditos por casar con un demonio hembra, llamado Coacueye, "La de la falda de serpientes", probablemente la diosa de la tierra Coatlicue (véase p. 143), de la que varias fuentes dan el curioso detalle de que "tenía las posaderas de una braza de ancho" (¿sería acaso una extranjera?). Como esta unión fue considerada como grave pecado por los toltecas, pusieron en lugar de Huémac a un sacerdote como "Quetzalcóatl", o sea como gobernante religioso, y redujeron el poder de Huémac a las funciones de administrador de los asuntos mundanales. Pero sólo consiguieron que el mal se acelerara. Todas las clases de sacrificios humanos practicados posteriormente fueron importados a Tollan por Huémac; los toltecas sufrieron una terrible época de hambre y una guerra destructora, acompañadas por tantos signos espantosos, fenómenos naturales y epidemias que optaron por abandonar su ciudad y emigrar a otra parte. Esta versión original de la leyenda de los toltecas fue modificada después por tradiciones ulteriores. Ya en los textos de Sahagún, Huémac no es sucesor, sino contemporáneo y co-regente de Ce ácatl-Quetzalcóatl. Pero la primera versión parece ser más digna de crédito.

Si se restan a este relato todos los elementos legendarios y míticos, queda como núcleo histórico de la leyenda tolteca una división en dos períodos: un primer período con régimen teocrático; y otro, más reciente, de príncipes guerreros. La leyenda funde en ambos casos al representante terrestre de cada período con el dios que acuñó su carácter religioso: a Ce ácatl, de naturaleza pacífica y benévola, con Quetzalcóatl; y a Huémac, de temperamento violento y guerrero, con Tezcatlipoca, dios que exige sangrientos sacrificios humanos de sus adoradores. En algunas versiones de la leyenda tolteca, el período de Ce ácatl aparece como un mero entreacto, comparable al reinado del reformador religioso Echnatón en el antiguo Egipto, y no está fuera de lo posible que la tentativa de implantar una religión nueva en Tollan hubiese tenido como consecuencia la insurrección del pueblo y la caída y expulsión del reformador Ce ácatl. Otros informes consideran los períodos sucesivos de Ce ácatl y de Huémac no como un simple cambio cultural, sino como un cambio de población. En el relato de Sahagún se distingue ya entre los "sabios", es decir, los toltecas de Ce ácatl, y el resto de los toltecas, y la *Historia tolteca-chichimeca* hasta llama a los primeros *nonohualca* ("los que hablan una lengua extranjera") y describe cómo, después de haber convivido durante un breve período con los *toltecas chichimecas*, abandonaron Tollan y se dirigieron hacia los valles del sur de los Estados de Morelos y de Puebla, para establecerse en una parte del Estado de Oaxaca y en las costas del Golfo, mientras que los "toltecas chichimecas" ocuparon Cholula y los pueblos adyacentes.

Esta tradición azteca contradice, sin embargo, todos los hechos descubiertos por la lingüística y la arqueología. No cabe duda de que los toltecas históricos hablaban un *dialecto nahua*, al igual que los pipiles de Guatemala, El Salvador y Nicaragua (véanse pp. 37 s.), descendientes suyos, según todas las fuentes. Y es igualmente seguro que la población y la cultura de Tula fueron, de principio a fin, una sola, y

que los adoradores toltecas de la serpiente emplumada —cuyo nombre (*Quetzalcóatl*) llegó a ser el título de sus reyes-sacerdotes— fueron gobernados en la Meseta central y posteriormente en Yucatán por una *casta de guerreros*, y que sacrificaban víctimas humanas a sus dioses, que eran, además de la serpiente emplumada, el dios del sol y Tezcatlipoca. ¿Cómo explicar este contraste entre la realidad histórica y la tradición?

La migración de Ce ácatl fue adornada con muchos detalles fabulosos, por ejemplo con ciertos relatos sobre milagros de la naturaleza (impresiones de su mano sobre las rocas, puentes de piedra naturales, una "casa en la tierra", y otras cosas más), legados por él de modo similar a como lo hacen otros héroes culturales; pero el que su meta era la costa sur del Golfo es un hecho histórico indiscutible, pues en estas costas, antiguamente habitadas por los olmecas de lengua distinta, residían y siguen residiendo hasta la fecha gentes de origen nahua, entre las cuales se encontraba la familia de Doña Marina, en el curso inferior del Coatzacoalcos (véase p. 57).

Si los toltecas de Ce ácatl son designados en las fuentes como "gente de habla extranjera", "gente de la costa" y "orientales", si se dice de Ce ácatl que llevaba el "adorno de plumas de la gente de la costa" como divisa suya (véase p. 95) y si se les atribuye a los toltecas el tocado de la región costeña, se hizo meramente porque una de sus ramas se había transformado en pueblo de la costa, que desplazó a los olmecas, pero no sin adoptar algunas de las costumbres de estos antiguos habitantes.

Por otro lado, es probable que todo lo dicho por la tradición azteca acerca de la vida pacífica y culto religioso humanitario del período anterior a la segunda era tolteca, caracterizada ésta por su belicosidad y por los sangrientos sacrificios humanos, no sea sino una *proyección de un estado de vida antiguo a una época posterior*, tal como la conocemos, como medio literario, en los poemas épicos de Homero y en el *Cantar de los nibelungos*. El eslabón entre la época pre-tolteca y la era tolteca es precisamente el culto a la serpiente emplumada. Los toltecas lo habían tomado de sus predecesores en la Meseta central, quienes también veneraban a este ser mítico en tiempos de la cultura teotihuacana, aunque le atribuían un significado muy distinto (véase p. 135). El carácter teocrático de la cultura teotihuacana y sus ritos en realidad poco sangrientos, así como quizá algunas costumbres conservadas entre los zapotecas y otros pueblos de régimen teocrático hasta la llegada de los nahuas, fueron los elementos con los cuales estos últimos elaborarían siglos después la imagen del piadoso rey-sacerdote tolteca que tan poco correspondía al carácter de los toltecas que residieron en Tula y posteriormente en Chichén Itzá.

Pero sigamos a los toltecas de la segunda migración, después de la muerte de Huémac, que ocurrió según las fuentes, en el último tercio del siglo XII, antes de considerar el destino de aquellos que se establecieron en el sur de México.

Los toltecas desplazaron también en la Sierra Nevada una cultura antigua designada en los relatos igualmente con el nombre de olmeca, y cuyo centro cultural había sido hasta entonces Cholula,

si bien sus dominios se extendían mucho más al sur. La *Historia tolteca-chichimeca* describe la conquista de Cholula como ocurrida en el año 1170 en un acto guerrero único, coronado por una fácil victoria. Pero otras fuentes informan que ambos pueblos vivieron durante largo tiempo lado a lado en la Sierra Nevada, primero bajo la soberanía de los olmecas, quienes incluso obligaron a una parte de los toltecas a emigrar; pues ésta es la época en que los antepasados de la tribu nahua emprendieron su viaje desde Cholula hacia sus lejanas residencias en el sur, para establecerse posteriormente en Nícaragua como parte del pueblo de los pipiles, según informa el historiador español Oviedo, con el fin de escapar a la "tiranía de los olmecas". Cuando los olmecas de la Sierra Nevada adoptaron el idioma tolteca, el predominio de los nahuas no se extendía, sin embargo, sobre la cultura de los primeros. El alto desarrollo de todas las ramas de la artesanía, de la escritura pictográfica y de la ciencia calendárica en la parte meridional del Estado de Puebla y septentrional del Estado de Oaxaca, del que dimos algunos ejemplos en el capítulo anterior, se debe menos a los esfuerzos de los toltecas que a los mixtecas, que eran, cultural y con probabilidad también lingüísticamente, parientes cercanos de los olmecas del altiplano, si no sus descendientes.

Otro brazo de la gran corriente tolteca se virtió, después de la destrucción de Tula, en el valle de México, donde los toltecas se establecieron sobre todo en Colhuacan, cuyos habitantes eran considerados por ellos asimismo "hijos de Quetzalcóatl". Fueron gobernados por una dinastía, descendiente en línea directa de la casa reinante de Tula, hasta su sexto rey, al que siguió, según parece, una dinastía de origen chichimeca con nueve reyes sucesivos. Colhuacan cumplió con su tarea tradicional de guardar y conservar la cultura tolteca y de transmitir esta gran herencia a las demás tribus nahuas del valle de México, hasta que un usurpador derrocó a su último rey en el año 1336, acto al que sucedieron graves desórdenes interiores. Fue sólo en 1377 cuando la ciudad recibió nuevamente un rey propio, por iniciativa del soberano azteca Acamapich, quien descendía a su vez de la dinastía de Colhuacan; este rey fue subyugado en 1413 por los tepanecas (véase arriba). Hasta qué punto los soberanos aztecas se sentían ligados con la casa de Colhuacan lo muestra el hecho de que ellos mismos se llamaban colhuas (véase p. 46) y de que se decían herederos directos de los reyes toltecas.

Mientras que los toltecas establecidos en la Sierra Nevada y en el valle de México se fundieron con los pueblos aborígenes a tal grado que esta mezcla dio origen a nuevas culturas, el grupo de toltecas que emigró bajo Ce ácatl hacia las costas del Golfo debió de preservar con tenacidad increíble las viejas formas arquitectónicas y artísticas, las costumbres sociales y los conceptos religiosos, de su antigua patria; de no haber sido así, no podría explicarse la coincidencia incluso en los detalles entre los monumentos de Tula y los de la ciudad en ruinas de Chichén Itzá en la península de Yucatán. La distancia más corta entre los dos sitios es de 1 220 kilómetros; el haber recorrido esta distancia significa un esfuerzo gigantesco para un pueblo mexicano de esa época, ya que tuvieron que cubrirla a pie y en canoas

monoxilas, luchar constantemente con una indómita naturaleza tropical y con peligrosos enemigos humanos; a pesar de todo esto, parecen haber hecho el recorrido en un lapso extraordinariamente corto, pues sólo transcurrieron unos cuantos años entre la expulsión de Ce ácatl-Quetzalcóatl de la ciudad de Tula y su llegada a Chichén Itzá, probada, sin dejar lugar a dudas, por las crónicas mayas y los relatos en castellano.

No existe otro caso igual en la historia de Mesoamérica en que los hechos estén atestiguados por un material de dos fuentes independientes que se complementan y ratifican mutuamente. A esto se añade, además, la ventaja de que los informes mayas de los siglos XVI, XVII y XVIII son más objetivos y sobrios y menos mitológicos que los de los aztecas, de modo que nos dan la sensación, por primera vez en la historia tolteca, de que nos encontramos sobre una sólida base histórica. Mientras que la figura de Ce ácatl-Quetzalcóatl, caudillo de un grupo de emigrantes toltecas, aparece en los relatos aztecas todavía como un personaje mítico, casi como un dios, en las crónicas de las ciudades yucatecas, en los *Libros de Chilam Balam* y en la *Relación de las cosas de Yucatán* del obispo Diego de Landa, el mismo Ce ácatl aparece como una sobresaliente personalidad histórica —como reformador político y religioso cuyas enseñanzas y leyes fueron por lo visto mejor aprovechadas por los mayas que por los habitantes de Tula que lo habían desterrado—. Los mayas sólo lo conocían con el nombre de *Kukulcán*, traducción literal de su título de rey-sacerdote, Quetzalcóatl (“serpiente de plumas de quetzal”), o con



Fig. 105. Ce ácatl-Quetzalcóatl en la balsa de serpientes. Debajo, su “máscara de serpiente de turquesa” (Durán)

el de *Nacxit*, y llaman *itzá* a la tribu llegada con él a la antigua ciudad maya de Chichén Itzá. La fecha del Katún 4 Ahau del calendario maya, que corresponde a los años 967 a 987 d. c., como aquella en que Kukulcán llegó a Chichén Itzá, coincide perfectamente con las fechas dadas en las crónicas aztecas, según las cuales Quetzalcóatl ocupó el trono en el año 977 y murió en 999. No es posible verificar si los itzaes, que dieron nombre a la ciudad maya (Chichén Itzá significa “En la orilla del pozo de los itzaes”) y que la gobernaron brillantemente por más de 200 años, eran realmente toltecas, o si eran mayas originarios de la parte suroccidental de Yucatán —como lo indican otras fuentes— que se unieron a Kukulcán y sus compañeros para volver a la ciudad que habían abandonado ellos mismos a principios del siglo VI d. c. por razones desconocidas. En todo caso, presumían de su ascendencia tolteca y sólo hablaban mal “nuestro idioma” (el maya), según las crónicas mayas. Sea como fuere, llegaron con Kukulcán desde la región de Chakanputún, el actual Champotón en la costa meridional del Estado de Campeche, punto que volvió a tocar Kukulcán a su regreso a México. El viaje de ida y vuelta a Tabasco fue hecho probablemente por mar, puesto que Ce ácatl se embarcó, según el relato de Sahagún y un dibujo de Durán, en una “balsa de serpientes” para dirigirse al País de Oriente (Tlapallan), y no murió quemado como lo cuenta la *Historia de los Reinos*.

La invasión tolteca de Yucatán, relatada por Landa, recuerda aún en muchos detalles la tradición azteca, y fue obviamente influida por ella. Según esta descripción, Kukulcán, igual que el rey-sacerdote tolteca de Tollan, llevaba una vida de celibato y virtud; los itzaes siguieron su ejemplo y cayeron en la inmoralidad apenas después de la partida de su rey. Pero lo que aprendemos por las fuentes mayas vernáculas es que Kukulcán fue un personaje vigoroso, emprendedor y de inclinación más bien guerrera. Es cierto que construyó los primeros grandes templos de estilo tolteca en Chichén Itzá, que enseñó a los mayas las artesanías toltecas y que introdujo el culto a la serpiente emplumada y a otros dioses, pero fundó al mismo tiempo cerca de Mérida, actual capital de Yucatán, otra gran ciudad, llamada Mayapán, la rodeó de fuertes muros y la destinó a centro político del país al lado de la ciudad religiosa de Chichén Itzá. De las muchas representaciones gráficas de escenas guerreras en el temprano arte tolteca de Chichén Itzá parece desprenderse que Kukulcán hasta combatió a los mayas y sometió algunas de sus ciudades. De modo que el carácter sacerdotal se ve relegado mucho más a un segundo plano en la figura de Kukulcán que en el Ce ácatl de las leyendas de Tollan, y también su religiosidad tiene rasgos que pertenecen más a la religión azteca que a la de la época teotihuacana; pues, según afirmaciones expresas de diversas fuentes, introdujo en Yucatán el culto a los ídolos y el sacrificio humano, hasta entonces desconocidos. De aquí que la reacción de los mayas a la invasión de los toltecas bajo Kukulcán no se haya caracterizado precisamente por su entusiasmo, según hizo notar el mayista norteamericano J. Eric S. Thompson. Un viejo lamento de una de las crónicas mayas dice así:

“Un muchacho tierno era yo, en Chichén, cuando el hombre malo,

el amo del ejército, llegó a tomar la tierra. ¡Ay! En Chichén Itzá se favoreció la herejía [es decir, la religión tolteca]. ¡Yulu uayano! ¡Ah! 1 Imix fue el día en que el jefe fue prendido en Chikin Ch'en... Nosotros fuimos para Míxcit Ahau [Señor Mízquitl, designación azteca del arbusto del mezquite] como animales amansados. Viene ya el fin de su picardía..."*

Y por lo que se refiere a la pureza de costumbres de los itzaes, tampoco parecía ser tan grande como lo pudo haber sido originalmente, pues a los mayas les repugnaron sobre todo ciertas prácticas eróticas relacionadas con el culto de la serpiente emplumada. En un relato maya aparecen, por ejemplo, estas palabras (nuevamente según Thompson):

"Sus corazones están sumergidos en el pecado. Sus corazones han perecido en sus pecados carnales. Son reincidentes a menudo, los principales que extendieron el pecado: Nacxit Xuchit [Náxiti Xóchitl, otro nombre de Kukulcán] en el pecado carnal de sus compañeros, los gobernantes de dos días... Ellos son los irrefrenables lujuriosos del día, los irrefrenables lujuriosos de la noche, los bribones del mundo. Ellos tuercen los cuellos, guiñan los ojos, sueltan sus babas en la boca..."**

Aún en tiempos de Kukulcán llegaron a Yucatán otros grupos de pueblos extraños desde el suroeste de la Península. Venían igualmente desde las costas del Golfo, pues su patria era, según los informes mayas, "Nonohual" y "Tollan a orillas del mar" (Tulapan), y eran toltecas al menos en su estrato social superior, puesto que los nombres de sus dinastías derivaban de un idioma nahua. Una de estas dinastías, los *Cocom*, fue impuesta en Mayapán por Kukulcán, mientras que otro linaje, los *Tutul Xiu*, se apoderó de la región en que se encontraba la antigua ciudad de Uxmal. Kukulcán abandonó entonces la Península por el mismo camino que lo había conducido a Yucatán; es decir, que regresó a México, donde debe de haber muerto poco tiempo después. Este retorno de Kukulcán, relatado por las crónicas mayas, puede relacionarse con ciertas profecías aztecas que se referían asimismo a un regreso de Ce ácatl-Quetzalcóatl desde Oriente a través del mar y que anunciaban la reconstrucción de su Imperio tolteca; estas profecías allanaron, como es sabido, el camino de la Conquista de México por los españoles; Cortés fue considerado en un principio como Ce ácatl que volvía a su patria, por lo que Moctezuma le envió como presente, entre otros regalos de su tesoro, el ornato del rey-sacerdote tolteca (véase p. 95). El extraño azar de que 1519 era nuevamente, según el calendario azteca, un año "1 caña", igual que los años del nacimiento y de la muerte de Ce ácatl, y ciertos rasgos coincidentes de las imágenes de Ce ácatl con el aspecto de los españoles (las barbas, por ejemplo) colaboraron no poco en reforzar la creencia de los aztecas en la veracidad de estas profecías, creencia que se mantuvo viva hasta que fueron despertados rudamente de este sueño. Los autores españoles no entendieron estas pro-

* J. Eric S. Thompson, *Grandeza y decadencia de los mayas*. F. C. E., México, 1959, p. 121. [E.]

** *Idem*, loc. cit. [E.]

fecías y vieron en la del regreso de Ce ácatl de Yucatán una prueba de su procedencia, y hasta de la procedencia de todos los toltecas, desde ultramar. Y así, la figura de Ce ácatl se convirtió en la de un apóstol del cristianismo que llegó a México en tiempos precolombinos (cf. p. 139) —quimera parecida a la que relaciona el mito de Aztlán con la fábula de la Atlántida (véase p. 43).

Sólo haremos una somera relación sobre el desarrollo ulterior del dominio tolteca en Yucatán, ya que esto corresponde más bien a un libro que trate de los mayas. Después de la partida de Kukulcán, parece que las tres sedes principales de los inmigrados toltecas, Chichén Itzá, Mayapán y Uxmal, se aliaron bajo la jefatura de Mayapán



FIG. 106. Combate naval entre una barca tolteca y tres balsas mayas. El dios del sol (disfrazado de águila) toma parte en la lucha humana desde las nubes. Relieve plano en un disco de oro hallado en el cenote sagrado de Chichén Itzá

en el Katún 2 Ahau (987-1007) para poder sostener su dominio sobre los mayas. J. E. S. Thompson pone en tela de juicio este informe de las crónicas yucatecas, porque durante toda la supuesta duración de la alianza (de 987 hasta 1185 o 1194), Uxmal, floreciente ciudad del período maya antiguo, había sido abandonada, y Mayapán no era todavía más que una aldea sin importancia; a esto se añade el hecho de que los toltecas no pudieron haber dominado directamente una región extensa del territorio maya, ya que sus edificios y monumentos se encuentran solamente en los alrededores de Chichén Itzá sin llegar siquiera hasta Uxmal, ciudad que presenta una influencia tolteca muy reducida en su arte. Así, la primera invasión tolteca en la península de Yucatán se parece en cierto modo a la incursión de los hicsos en el antiguo Egipto, que tampoco lograron ocupar todo el país, y tuvieron que limitar su predominio a unos pocos puntos firmes. De haber habido alguna vez algo parecido a una "*Liga de Mayapán*", ésta tuvo que ser de muy breve duración o tuvo que existir ya en los siglos VIII y IX d. c., cuando Chichén Itzá, Uxmal y probablemente también la ciudad maya que precedió a Mayapán llegaron a su primer florecimiento durante el período clásico de la cultura maya. El error cronológico de los cronistas mayas —que redactaron sus informes varios siglos después de ocurridos los hechos— se explica porque, a diferencia de las épocas posteriores, abreviaban exageradamente sus signos de fechamiento, de tal modo que el mismo Katún se repetía cada 260 años. Sea como fuere, la Alianza se deshizo en el Katún 10 Ahau (entre 1184 y 1204) cuando Hunac Ceel, uno de los soberanos Cocom de Mayapán, que reinó con el título de Ah Nacxit Kukulcán, aprovechó un conflicto personal entre los gobernantes de Chichén Itzá e Izamal (otra ciudad perteneciente a la Alianza), que se había desatado, igual que la guerra de Troya, por el rapto de una mujer; logró anular el poderío de Chichén Itzá y exiliar a los itzaes de la ciudad, que desde ese momento dejó de tener importancia alguna en la historia de Yucatán. Hunac Ceel se sirvió para su propósito de guerreros toltecas de Tabasco, región a la que habían llegado probablemente durante la segunda migración tolteca hacia fines del siglo XII, quienes acudieron a prestarle ayuda. Los nombres de sus caudillos, los "Siete hombres de Mayapán", derivan todos de un dialecto náhuatl muy similar al azteca y hablado también por los toltecas históricos y sus descendientes.

Los dos siglos y medio (1200-1450) que siguieron a estos acontecimientos transcurrieron políticamente bajo la *hegemonía absoluta de los Cocom*, que obligaron a todos los príncipes mayas sometidos a ellos a residir dentro de la ciudad de Mayapán. No obstante las nuevas olas de inmigrantes toltecas, los mayas fueron absorbiendo poco a poco este elemento extraño; y puesto que los nuevos inmigrantes toltecas llevaron a Yucatán no tanto su arte, que había bajado de nivel también en México, como su experiencia guerrera, esta época vivió un rápido descenso cultural de las ciudades habitadas anteriormente por los toltecas. Las viejas dinastías de los príncipes toltecas se habían hecho mayas y perdieron las virtudes guerreras de sus ancestros junto con sus características etnográficas; tenían que recu-

rrir a mercenarios extranjeros para defender su autoridad frente a sus súbditos rebelados. Pero éstos, los mayas aborígenes, se habían provisto mientras tanto de las mismas armas que tenían los mexicanos: arcos, espadas de obsidiana, sacos forrados de algodón, y habían aprendido también su arte guerrero, mientras que en tiempos de Kukulcán los mayas habían sido francamente inferiores a los toltecas en el aspecto militar. Ah Xupan, príncipe de la dinastía de los Tutul Xiu que residían en la ciudad de Maní, logró apoderarse de Mayapán hacia el año 1450, a la cabeza de una tropa maya, y exterminó a toda la familia de los Cocom con excepción de un solo príncipe, que se encontraba en una expedición comercial en Honduras y que logró que su linaje sobreviviera gracias a su descendencia; este suceso dejó claras huellas en las ruinas calcinadas de las casas de Mayapán, entre las que se encontraron varios esqueletos de los habitantes muertos en el combate. El Imperio de los Cocom se dividió en pequeños principados de ciudades que estaban en constante lucha unos con otros, hasta que por fin los españoles, bajo Francisco de Montejo el joven, conquistaron Yucatán en el año 1541; los Tutul Xiu cooperaron con los españoles tal como veinte años antes lo habían hecho los tlaxcaltecas al aliarse con Cortés para destruir el Imperio azteca. Los itzaes se refugiaron, después de su expulsión de Chichén Itzá, en la región de Petén en la parte septentrional de Guatemala, antaño escenario de la alta cultura maya del período clásico (350-900 d. c.); construyeron aquí su nueva ciudad de Tayasal en una de las islas del lago de Flores. Cuando en 1697 las tropas del gobernador Martín de Ursúa tomaron por asalto esta ciudad, los españoles encontraron todavía 21 templos con innumerables ídolos de barro, cuya destrucción les tomó casi un día entero.

Ya hicimos referencia a cierto grupo de toltecas que había huido de los olmecas de la Sierra de Puebla, pero que en vez de dirigirse a las costas del Golfo, como los toltecas de Ce ácatl, se dirigieron hacia el sureste, y atravesando los actuales Estados de Oaxaca y Chiapas, Guatemala y El Salvador a lo largo de las costas del Pacífico llegaron hasta Nicaragua. Sus descendientes se encuentran hasta la fecha en pequeños centros de Oaxaca y en Centroamérica (los ya mencionados pipiles, véase p. 37). Estos últimos conservaron hasta épocas recientes no sólo sus antiguos dialectos nahuas, sino su fe en Quetzalcóatl, al que los pipiles nicaragüenses adoraban como dios supremo y al que llamaban "sacerdote" (*tamagastad* o *tlamacázcatl* en azteca), según se enteró el sacerdote español Francisco de Bobadilla cuando hizo averiguaciones sobre su religión en el año 1538 en una aldea de Nicaragua. Probablemente otro grupo de toltecas llegó hasta la altiplanicie de Guatemala, costeano el Pacífico por la misma ruta que los pipiles; los pueblos mayas residentes en esta región les dieron el nombre de yaquis, palabra nahua (en azteca *yaque* = "emigrantes"). Este grupo se mezcló con los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, pueblos principales del altiplano, por lo que varios príncipes de sus dinastías tienen nombres nahuas; uno se llamaba, por ejemplo, Ihuitimalli, "Rehilete", igual que el soberano tolteca citado en el canto (véase p. 208). Entre los quichés residentes al norte del lago de Atitlán

aparece en cuarto o quinto lugar de su lista de soberanos un rey de nombre K'ucumatz, admirado y temido porque se le tenía por un gran mago y porque reunió a todas las tribus quichés bajo su cetro. Como ya dijimos antes, el nombre de K'ucumatz es una traducción literal de la palabra Quetzalcóatl, y no era probablemente entre los quichés más que un título, como lo era entre los toltecas; pues veneraban a un dios supremo y creador del mismo nombre que corresponde bastante bien al Tonacatecutli, dios creador mexicano, pues reunía en su persona, como éste, el lado masculino y el femenino de la suprema divinidad. Por lo demás, la influencia tolteca ejercida sobre los mayas del altiplano de Guatemala se hace sentir menos en su arquitectura y en sus artes gráficas, como sucedió en Chichén Itzá, que en su vida espiritual. Estas tribus mayas se daban aún perfecta cuenta de lo que debían a los toltecas en el aspecto cultural. En el *Popol Vuh**, libro sagrado de los quichés, y en los anales de los cakchiqueles**, Tulán, o sea Tollan, figura como la patria de toda cultura superior, a la que peregrinaban las tribus en tiempos prehistóricos para aprender allí los fundamentos de su vida política y religiosa. Antes de esta época no conocían ni reyes ni imágenes divinas, pero ahora introdujeron, al lado de sus dioses tribales, a cuya cabeza se encontraba Tohil, el dios de la lluvia, las figuras de K'ucumatz y de Huracán ("El Cojo"), tomadas de la religión nahua. Huracán recuerda al Tezcatlipoca tolteca-azteca; por eso toma parte, al lado de K'ucumatz, en el acto de la creación, pero era considerado en lo demás como dios del rayo que dominaba tanto en el cielo como en la tierra.

Después de que los quichés toltequizados asumieron por un tiempo el poder central en el altiplano guatemalteco, con su capital en Kumarcaah (Utatlán en azteca), su reino se derrumbó casi al mismo tiempo que el de Mayapán, y fue sustituido por príncipes tribales que se combatían constantemente, hasta que la región fue conquistada en 1525 por los españoles bajo el mando del segundo de Cortés, Pedro de Alvarado. Mientras tanto, también estos toltecas habían sido absorbidos desde hacía tiempo por los mayas. La sólida edificación de las pequeñas ciudades mayas en aislados cerros rodeados de profundos barrancos es lo único que nos recuerda que el espíritu guerrero tolteca sobrevivía entre los mayas hasta el siglo xvi, pues las grandes ciudades mayas del período clásico, construidas entre el siglo iv y el x, estaban casi todas desprovistas de fortificaciones. Unos fuertes muros protegían las ciudades de la planicie yucateca, mientras que los descendientes de los itzaes en el Petén siguieron el ejemplo de los aztecas y se atrincheraron en una isla que sólo podía ser tomada por una flotilla de canoas.

* *Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché.* F. C. E., México, 2ª ed. (Col. Popular), 1960, 188 pp. [E.]

** *Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiqueles.* Título de los Señores de, Totonicapán. F. C. E., México, 1950, 306 pp. [E.]



El conquistador mixteco 8 venado captura a 4 viento.
Dibujo del Códice Nutall

diversos grupos con una cultura básica similar representó el primer acto de esta época cuyo estilo, repetimos, sería el de la Mixteca-Puebla. Tan importante es esta amalgama que a Cholula venían a coronarse los soberanos mixtecos.

Sea como sea, un grupo procedente de Tula —con o sin Quetzalcoatl— se instala en Yucatán, y portadores de cultura tolteca se encuentran regados en toda Mesoamérica. La caída de Tula en 1168 marca el fin político de este conglomerado que designamos como imperio tolteca, pero no el de su cultura, que continuará viva mucho tiempo. Tal vez más que nada porque Tula recogió la tradición teotihuacana de internacionalismo y supo acoger pueblos diversos que hablaban varias lenguas y enaltecían el ideal tolteca.

Tras muchos sucesos que llevan en lo político a la creación de los imperios chichimeca y tepaneca y que no cabrían en este estudio, Texcoco y Tenochtitlan logran la victoria en la dura guerra tepaneca (1428-1433). Obtienen la hegemonía sobre los valles centrales y un año después forman la Triple Alianza, asociando a Tacuba, representante de los vencidos. Tenochtitlan había de dominarla cada vez más. Aquí cabe hablar de un detalle importante porque caracteriza la posición mexicana y diríase también la posición mesoamericana y la continuidad de su tradición cultural. En el momento de repartirse los títulos después de la victoria, el jefe

mexicano se da a sí mismo el de Culhuatecuhtli, señor de los culhuas, o sea el señor de los toltecas. Así reivindica en su favor la antigua herencia y transmite a su ciudad el prestigio pasado tolteca-teotihuacano. Esta insistencia en la sangre y en la historia es un rasgo típico mesoamericano.

El imperio mexica, que toma forma con Moteczuma I y dura hasta la conquista española, es en cierto modo la síntesis de Mesoamérica. Incluye elementos muy diversos heredados de sus lejanos y varios antecedentes, y como todo organismo vivo, los combina con otros rasgos provenientes de los pueblos contemporáneos que tiene subyugados. Así vemos cómo Tenochtitlan conserva restos de sociedad tribal (el calpulli), que es más bien rural (y la única que sobrevivirá al impacto de la conquista) supeditados a la sociedad imperial verdaderamente urbana. Sin embargo, tomando la civilización en su conjunto, es claro que palidece la división entre rural y urbano cuando se comprende que lo segundo no puede existir sin lo primero. Toda ciudad presupone un "tierra adentro" más o menos rural. Esta combinación forma la "región simbiótica", tan discutida hoy. Tenochtitlan continúa el mundo ceremonial y aristocrático uniendo la teocracia al militarismo por necesidades económicas, situación que parece remontarse hasta los lejanos días del pueblo olmeca. Desde entonces, una minoría muy reducida ha regido los destinos de Mesoamérica. Como los olmecas, Tenochtitlan logra una magnífica escultura monumental que pocos —tal vez los mayas clásicos— alcanzaron con brillo similar. El temperamento mexica combina un gran refinamiento con una brutalidad extrema cuando se trata de conquistar pueblos o de apaciguar con sacrificios a sus dioses.

No me detengo en esta última página de la historia indígena porque será estudiada en este libro con más detalle. Como es la etapa que mejor conocemos a la vez que la postrera, es también la que nos permite observar las conexiones con la Colonia española, que habría de seguirla, y también entre el antiguo México y el actual.

Mesoamérica y su civilización

Durante cerca de tres milenios, Mesoamérica estuvo formada por una zona nuclear superior y zonas marginales secundarias. En

nadísimas, es exclusiva de Mesoamérica. El tallador de jade y otras piedras logró las piezas extraordinarias que admiramos en los museos, así como espejos de pirita (muy antiguos) y una increíble cantidad de cuentas y otros adornos. No es necesario seguir la enumeración de las artesanías para comprobar la variedad, abundancia y calidad de los objetos manufacturados por manos hábiles y bien entrenadas. Esto tendría considerables repercusiones en la formación de Nueva España.

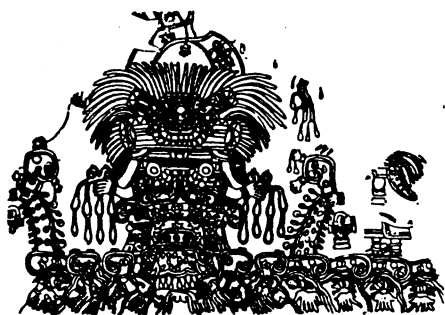
Si la arquitectura logró espaciosas casas que incluían hornos subterráneos y temazcales de piedra, rara vez llegaron a la magnificencia de los monumentos religiosos. Fueron característicos varios estilos estéticos que incluyen rasgos exclusivos de Mesoamérica. Particularmente notables son los basamentos piramidales construidos a base de talud y tablero, cuya aparición en el altiplano ya se mencionó y las cada vez más complicadas fachadas de admirable armonía del área maya con techo angular, aunque el arco no llega a completarse. Vastas superficies recubiertas de estuco son también exclusivas de la superárea. Pero si la arquitectura es espectacular y exclusiva, la planificación de ciudades o de conjuntos monumentales llega a alturas sin rival en América. Canchas para el juego de pelota se encuentran fuera de Mesoamérica, pero sólo aquí las hay con anillos de piedra y ninguna de las foráneas pueden comparárseles en amplitud y esplendor. De varias ciudades se abrían calzadas de piedra que las conectaban con otras ciudades o pueblos. Puentes colgantes cruzaban ríos y barrancas.

La escultura fue sobre todo un adorno o complemento de la arquitectura, en fachadas, escaleras o el interior de los santuarios, formando parte del conjunto. Con frecuencia representaba alguna deidad allí venerada. Sólo las pequeñas esculturas de piedra pueden considerarse como obras aisladas. La pintura mural, por definición, cae en el mismo rubro. Utilizada en muchas áreas, aunque en profusión y calidades muy variables, decoraba los muros interiores de casas, templos, y algunas veces recubría hasta los exteriores de los edificios, lo que debió haber representado un continuo esfuerzo de conservación. En ambas artes, nuevamente Mesoamérica destacó muy por encima de sus vecinos.

La familia natural era el núcleo de la organización social agrupada en clanes del tipo llamado *calpulli*. Éste combinaba la descendencia física —es decir que sólo pertenecían a él los nacidos dentro de él— con la propiedad comunal de la tierra. Tal vez

desde La Venta, y seguramente desde Teotihuacan, la organización tribal había sido dominada por una organización estatal, muy probablemente de tipo imperial. Sostenida por considerable número de empleados públicos, suministraba las funciones necesarias al estado. La aristocracia imperial, prácticamente liberada de las reglas del *calpulli*, puesto que sus miembros poseían tierras individuales, estaba gobernada por los jefes políticos, militares y religiosos y los más poderosos comerciantes. Tenían esclavos y los llamados mayeques —teóricamente libres pero pertenecientes, más que asociados, a las tierras de los señores. Se trata, por tanto, de una sociedad clasista, aunque estaba abierta la posibilidad de subir de rango por medio del esfuerzo personal. En Tenochtitlan, el emperador era la cabeza de la pirámide humana; jefe supremo o sea “Tlaccatecuhtli”, a la vez que sumo sacerdote de Huitzilopochtli, el dios tribal. Los destinos de México estaban, ya desde entonces, en manos de un solo hombre, el eterno pero cambiante señor de los toltecas. Los privilegios de la nobleza, sobre todo los de la familia imperial, eran en parte compartidos por los sacerdotes superiores, los militares y los pochtecas. Estos últimos combinaban los papeles de grandes mercaderes, embajadores, a veces espías, mientras la mano militar acompañaba sus excursiones hasta remotas tierras. Los mercados donde se traficaba intensamente estaban subdivididos según las especialidades y todavía ahora se conserva en muchos lados la costumbre de verificarlos en días fijos de cada semana.

Este comercio a largas distancias —combinado con el cobro del



Pintura mural de Tepantitla, Teotihuacan

tributo impuesto a los pueblos conquistados— estaba protegido militarmente. Se conoce poco su estrategia, pero se sabe que seguían usando el viejo lanzadardos, aunque desde la época tolteca el arco y la flecha se habían convertido en el arma suprema. También empleaban el macahuitl, especie de espada de madera con cuchillos de obsidiana incrustados a ambos lados, y unas picas con puntas de metal. Para protegerse eficazmente, los aztecas usaban un peto forrado de algodón y llevaban escudos conocidos desde tiempos muy antiguos. Los que tienen dos manijas son exclusivos de Mesoamérica. En la época final se multiplicó la erección de fortalezas y aparecen ciudades amuralladas. En la guerra de conquista no se trataba de cubrir el territorio enemigo sino de apoderarse de puntos estratégicos, tomar la capital, incendiar el templo, y cambiar el gobierno local por otro sujeto a Tenochtitlan, que se encargaba de imponer un tributo. Este tipo de guerra daba por resultado un imperio diferente al romano, por ejemplo, ya que el mesoamericano no pretendía extenderse sobre todas las tierras conquistadas, sino que la sumisión se traducían en el pago del tributo y cierta ayuda obligada en casos especiales.

Altos jefes militares pertenecían a una de las dos órdenes militares (o a una tercera menos importante) de “caballeros águilas” y “caballeros tigres”, que no se encuentran en otras culturas americanas y gozaban de privilegios y funciones especiales. Igualmente exclusiva de Mesoamérica es esa curiosa institución de la “guerra florida”, cuyo objeto era obtener víctimas para el sacrificio. Estaba por tanto estrechamente ligada a la religión.

Porque por mucha importancia que el imperio azteca diera a asuntos temporales y fomentara sus bases económicas y sus ejércitos, seguía imperando la religión como antes, y constituía la base del *ethos* mesoamericano. Prueba de ello es que a ella estaba ligada la inmensa mayoría de los elementos culturales. Se conocen sus fundamentos principales, creencias, sacerdocio y ritual, de modo que no es necesario insistir en detalles. Sólo se mencionarán aquellas ideas o prácticas que fueron básicas a Mesoamérica, o no compartidas por otras áreas americanas. Entre las creencias cosmogónicas está la de un dios principal (Ipalmenohuani entre los mexicas) relacionado con el sol, que es también la pareja creadora, la dualidad femenina y masculina, el cielo y la tierra que engendra a hijos gemelos (los cuatro Tezcatlipocas o la pareja Quetzalcoatl-Xolotl por ejemplo). Se cree que la idea del gemelo

y de la dualidad es muy antigua y también incluye muerte-vida. Según ella, el mundo estaba dividido en cuatro regiones (de aquí la importancia del cuatro), además del punto central, lo que hacía del cinco otro número mágico. Pero como hay un cielo y un infierno con cuatro regiones cada uno (la línea central es la misma a todos), se llega a $5 + 4 + 4 = 13$, otro número esencial. Además, cada uno de los cuatro puntos cardinales y el centro tenían un color que los representaba. La idea de creaciones múltiples al fin de cada una de las cuales todo moría para ser recreado formaba los cuatro soles (épocas) pasados y el quinto que todavía alumbraba a los aztecas. La historia estaba vista dentro de conceptos similares, es decir ciclos que se repetían, aunque cada creación o ciclo representaba un avance para la humanidad. Así se combinaba una idea simplemente cíclica y en cierto modo estática con la idea evolucionista o de movimiento, como ahora se entiende la historia.

Había múltiples deidades de importancia distinta, pero algunas, como Tlaloc —y tal vez el Huitzilopochtli azteca estaba alcanzando el rango sobresaliente de Ipalmehuaní— habían adquirido una personalidad propia, con atributos y culto especiales, y se representaban en imagen inconfundible. Muy importante fue el planeta Venus por la forma tan peculiar de su visibilidad para los hombres y por los peligros que supuestamente acarrearba su presencia a ciertas personas.



Escena de un sacrificio. Disco H del cenote de Chichén Itzá

En casi todas las religiones la sangre humana o animal tuvo valor ritual. De allí la frecuencia de los sacrificios en que se hacía correr. En Mesoamérica, mediante el sacrificio de sangre, el hombre se vuelve colaborador de los dioses, en el problema para ellos eterno de mantener en vida por medio de ese líquido vivo no sólo al sol sino al universo. Algunas formas de sacrificio son exclusivas de Mesoamérica, como la de quemar hombres vivos o aquella en honor a Xipe en que el sacerdote bailaba revestido de la piel del hombre desollado. Recordemos que la víctima representaba al dios, y como los sacerdotes tenían la costumbre de vestirse imitando la imagen divina, se ataviaba a la víctima también con similares vestiduras. En ocasiones se sacrificaban codornices, y los devotos hacían penitencia voluntaria sangrándose las orejas, la lengua, el pene o las piernas. Otras costumbres exclusivas con el uso ritual del papel, la celebración de fiestas al concluir algunos periodos fijos de tiempo y los días de buen o mal agüero. Dar a los niños el nombre del día de su nacimiento, el canibalismo ritual y la creencia en varios ultramundos tras un viaje difícil para alcanzarlos así como el célebre palo volador, todavía existente, tienen todos la misma exclusividad. Aunque aún con fuertes resabios de magia tribal desde la segunda gran época, creó Mesoamérica una religión politeísta formal, con creencias y dioses ordenados, un ritual fijo y un sacerdocio profesional, dividido en distintos grados, en contraste al viejo *shaman* de la tribu.

Pero el rasgo que coloca a Mesoamérica dentro de las civilizaciones universales es el de la escritura, por limitada que haya sido. No se difundió fuera del área nuclear, aun cuando sus inicios correspondan por lo menos al siglo V a.C. Los "documentos" más antiguos que se conocen consisten todos en inscripciones incisas en piedra, que en sus albores probablemente tallaran en madera. Después hay escritura en pinturas murales y otros objetos. Durante la tercera gran época aparecen (o cuando menos sólo desde entonces se han conservado) en verdaderos libros. Los monumentos antiguos, y sobre todo las espléndidas inscripciones del área maya, utilizan jeroglíficos, mientras los correspondientes al área mixteca-mexicana son de estilo representativo y por tanto más fáciles de descifrar, aunque más limitados en su expresión. Estos libros, que genéricamente llamamos códices, fueron pintados sobre largas tiras de papel de amate dobladas a manera de biombo. Los hay de varios tamaños y de diferentes temas: religiosos,

el Anáhuac azteca. Con todo y este sentimiento de superioridad respecto de sus vecinos, éstos existen y no pueden olvidarse ya que afectan el curso de "nuestra" historia.

No es posible aceptar la versión simplificada de las "invasiones bárbaras" venidas del norte destruyendo los sucesivos imperios centrales. Como se ha tratado de mostrar, éstos se debilitaron antes por acción corrosiva interna, y así facilitaron el ascendiente e influencia que en muchos aspectos recibían de los "bárbaros". Éstos se alineaban —en distintos niveles culturales— a lo largo de la frontera norte de Mesoamérica. Son pueblos que no se estudian aquí, pero es evidente que en diferentes momentos ideas y objetos mesoamericanos se esparcieron entre ellos y aun alcanzaron indirectamente regiones que hoy son parte de los Estados Unidos. Por otro lado, colaboraron mucho en la historia de Mesoamérica al enviar en distintos momentos huestes empeñadas en la destrucción de los estados centrales, y dejaron rasgos culturales como el arco y la flecha. Este incesante ir y venir a través de fronteras mal delimitadas produjo la creación de ese "proletariado externo" que en la filosofía toynbeana tanta parte tiene en el fin de las civilizaciones.

No cabe duda de que hay que colocar a Mesoamérica entre las civilizaciones de primer cuño o de primera generación, es decir, que no descienden de otras sino arrancan de una matriz primitiva. Por tanto, sus triunfos o sus derrotas sólo pueden compararse con los triunfos o las derrotas de civilizaciones del mismo tipo, como las que florecieron en Egipto, China, Sumeria-Babilonia, India o la minoica y la andina. Salvo la última, las demás tuvieron contactos más o menos estrechos entre sí como lo demuestran algunos rasgos que comparten. De donde se deriva que comparar las civilizaciones del Viejo Mundo con la andina o la mesoamericana, no es enteramente válido. Además, no debe olvidarse que las dos civilizaciones americanas empiezan su carrera cuando ya estaba agotándose el aliento de las asiáticas antiguas. Sin embargo, en todas encontramos, por definición, una serie de adelantos comunes. Se ha tratado de indicar con ejemplos lo más característico de Mesoamérica, lo que no necesariamente supone siempre que sea privativo de ella. Es evidente que en algunos aspectos llegó bastante lejos mientras en otros se quedó muy atrás.

Supervivencias del mundo prehispánico

La conquista española termina propiamente la historia de Mesoamérica; sin embargo, la máxima expansión de algunas ideas mesoamericanas y de su lengua franca —el náhuatl— ocurren en el siglo xvi como consecuencia de la propia conquista. Para el fin del mismo siglo, la civilización mesoamericana sucumbió totalmente. Toda ella había estado en manos de una minoría aristocrática que regía sus destinos y su fin fue el de su civilización. Esto, unido a otras causas, produjo una disrupción profunda en la economía, debida también a la aparición de nuevos productos europeos y nuevos métodos de producción, y al gran cambio en el interés hacia numerosas mercancías —sobre todo las de lujo y las relacionadas al ceremonial indígena— que perdieron su significado. Dejaron de ser llevadas de un sitio a otro y los pochteca desaparecieron como profesión. Pero no sólo desaparecieron por la falta de interés en el comercio de sus peculiares mercancías, sino porque, como miembros de la antigua aristocracia, desaparecieron con ella. Esta disrupción recuerda la ocurrida al fin de la época clásica, cuando la muerte de la clase superior teotihuacana produjo un aislamiento entre las diferentes áreas de Mesoamérica, aislamiento particularmente notable en el valle de Oaxaca. La conquista española produjo también el aislamiento de numerosas comunidades indígenas sobrevivientes no sólo durante la Colonia, sino hasta nuestros días. Al desmoronarse la organización de los antiguos estados, las poblaciones revierten a una situación tribal de infinitos corpúsculos prácticamente independientes y con poca conexión real de los unos con los otros. Lo que queda hoy de vida indígena refleja la cultura rural antigua más o menos diluida, pero los rasgos de cultura superior murieron al advenimiento de la nueva civilización llegada de España. Ésta era, a su vez, bien compleja. La España renacentista de la Reina Católica, a diferencia de otras naciones europeas, acarrea, además de los viejos pueblos aborígenes, la herencia romana, un cristianismo exacerbado y fuertes dosis de cultura islámica y judía. Era una verdadera caldera que todavía la distingue del resto de Europa —como también distinguía a Mesoamérica del resto de América. Y estas diferentes herencias, si bien en grados diversos, habían de marcar a la Nueva España y al México que le sigue.

Sin pretender entrar aquí en detalles, hay que recordar bre-

huacan como la cultura básica del área que gobernará el resto, en lo político, cultural, religioso y económico. Desde entonces los valles centrales se vuelven el eje. Tal vez sean muy antiguos aspectos básicos como el del ejido, que recuerda al antiguo calpulli, o el de las mayordomías y otras agrupaciones con funciones político-religiosas que han logrado un sincretismo cuya manifestación más evidente está en el culto nacional a la virgen de Guadalupe. Aun con tantas diferencias hubo desde el principio semejanzas entre la civilización española y la indígena. Por ejemplo, la intensa religiosidad, la cultura verbalista o las casas construidas con habitaciones alrededor de un patio central con el mínimo de aberturas al exterior.

A todo lo dicho mucho más podría añadirse como demostración de que la cultura nacional mexicana es la fusión de sus dos herencias ancestrales. Éste ha sido uno de los problemas fundamentales del país, pero también lo que le ha dado su individualidad, su cultura propia y, por tanto, sus mayores posibilidades de sobrevivencia independiente. El descender de dos auténticas civilizaciones ha sido un peso enorme, pero también su mayor timbre de gloria. Finalmente, es importante pensar que más allá de las viejas fronteras, Mesoamérica contribuyó con aportaciones muy concretas y valiosas a la cultura universal. Maíz, frijol, cacao o sea chocolate, jitomate, varias especies de chiles, frutos como el aguacate que, ahora, Europa importa de Israel, y el guajolote de las fiestas navideñas. Chicle y hule, fibras como el henequén, pita, ixtle y raíz de zacatón, así como ciertos colorantes, se han vuelto de uso universal. Y no olvidemos el tabaco, deleite y drama. Fuera de esta incompleta lista de productos naturales, el arte del México antiguo influye sobre el arte contemporáneo occidental contribuyendo así a la gran corriente estética que marca los destinos de nuestra época.